



Nuestro Fundador, Marcelino Champagnat, decía: *"Mis queridos Hermanos, hemos de dar gracias a Dios por habernos elegido para llevar el evangelio al mundo. Será una fuente de bendiciones para el Instituto... Sí, me atrevo a afirmar, y el pensarlo es un motivo de alegría, que un día tendremos mártires en el Instituto: Padres y Hermanos que darán sus vidas por Jesucristo..."*

Sucedió el 31 de Octubre de 1996...

" Se han marchado del Campo de Nyamirangwe todas las personas. Estamos solos. Esperamos un ataque de un momento a otro. Si esta tarde no volvemos a telefonar será una mala señal. Lo más probable es que nos quiten la radio y el teléfono. La zona está muy agitada. Los refugiados huyen sin saber a dónde y es muy notoria la presencia de infiltrados y de personas violentas".

Fue la última comunicación que el Hermano Servando Mayor, Superior de la Comunidad de Nyamirangwe, logró enviar al Hermano Benito Arbués al mediodía de aquel triste 31 de Octubre de 1996.

Al cabo de unas pocas horas...el martirio... algunos milicianos penetraron en la vivienda de la Comunidad. Dispararon a los misioneros y los remataron asestándoles con un puñal heridas en la espalda o el estómago. El suelo y los plásticos, que hacían de paredes, quedaron manchados, salpicados de sangre en tres de las habitaciones y también en la Capilla.

Un campesino zaireño informó que al atardecer de ese triste día, un grupo de militares se acercó a la casa de los Hermanos. El mismo testigo declara haber oído gritar a uno de los Hermanos... *" Dios mío , Dios mío , vamos a morir , ten misericordia de nosotros"*

En medio de la tragedia que asoló Zaire, la muerte violenta de estos cuatro Hermanos Maristas es como el grito de todos aquellos por quienes ellos trabajaban, en fidelidad a su compromiso evangélico: los niños, los débiles, los más desheredados de este mundo. Las voces de los Hermanos Servando, Miguel Ángel, Fernando y Julio no han podido ser silenciadas. Han llegado a todo el mundo, y han despertado en muchos admiración y, en otros, rabia e impotencia ante la descoordinación y la pasividad de los responsables de la política internacional.

Estas cuatro muertes son un testimonio impresionante de la tremenda fe en Dios de estos cuatro Hermanos nuestros que dejaron todo lo que tenían en su país de origen por ir a servir y amar a Dios en sus hijos más desamparados de África Negra.

Los Hermanos de la Comunidad del Campamento de Nyamirangwe, Servando Mayor, Miguel Ángel Isla, Julio Rodríguez y Fernando De la Fuente, vivieron al extremo la fidelidad al llamado de Cristo, después de haber sido testigos vivos de la presencia de Jesucristo en medio de los más necesitados no temieron dar la vida por estos hermanos suyos rostros dolientes de Jesucristo.

Los cuatro eran españoles, pero con una historia humana bien concreta. Y los cuatro dejaron una misión para acudir a otra misión más difícil.

Servando vivía su primera experiencia misionera. Era el superior de la comunidad de Bugobe. Procedía de la Provincia de Bética donde era consejero provincial y miembro del equipo de animación pastoral. Tenía 44 años en el momento de la tragedia.

Miguel Ángel había vivido 13 años en Argentina y 22 años en Costa de Marfil donde había sido superior del Distrito. Contaba 53 años.

Julio había trabajado 14 años en el Congo y se había unido a la comunidad de Bugobe en mayo de 1996. Era el más joven del grupo y acababa de celebrar los 40 años cuando fue asesinado.

Fernando había vivido la mayor parte de su vida en Chile donde fue formador, consejero provincial, rector, pintor y poeta. Sólo llevaba un año entre los refugiados. Era el de más edad del grupo aunque no había cumplido todavía los 53 años.

Pensando en lo que les había ocurrido, el Hermano Benito, entonces Superior General, escribe:

“Como superior, he aceptado vuestra decisión de permanecer en el campo cuando todos huían y he asumido con vosotros los riesgos que podríais correr, pero al recibir la noticia de vuestra muerte he experimentado una gran pena por este fin tan doloroso. Pena por vuestras familias y por el daño que se causaron a sí mismos los que os asesinaron. Estoy convencido de que les habéis perdonado porque no sabían lo que hacían. Nosotros, Hermanos Maristas, les perdonamos y rezamos por ellos.

No voy a ocultaros la gran admiración que, unida a la angustia de estos últimos días, he experimentado por cada uno de vosotros y la alegría interior porque habéis sido testigos de Jesús de Nazaret arriesgando vuestras vidas hasta una muerte violenta”.

Sabemos que el Hermano Fernando y sus hermanos, como Jesús, se ofrecieron voluntariamente para esa misión solicitada, que sabían delicada y difícil, en medio de pueblos inestables y quebrados por las condiciones políticas y económicas, donde ya había ocurrido la muerte trágica de otros seis Hermanos Maristas dos años antes...

Agradecemos al Señor el haber sido inmerecidos testigos y cercanos a estas vidas,. La llamada es a no olvidar, la tarea es día a día en todo, preguntarnos: ¿Hasta dónde debe llegar nuestra entrega?